

BT660

• 68

P373



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## SERMON

PREDICADO POR EL SR. CHANTRE D. FLORENCIO PARGA, EN  
LA INSIGNE COLEGIATA DE MARIA SANTISIMA  
DE GUADALUPE DE MEXICO, EL DIA 17 DE ABRIL DE 1887,  
AL SER CELEBRADA LA SOLEMNE FUNCION  
QUE ANUALMENTE CORRESPONDE A LA ARQUIDIOCESIS  
DE GUADALAJARA.

*A Domino factum est istud,  
et est mirabile in oculis  
nostris*

Ps. 117, v. 23.

**A**MAS he sentido tan vivas y tan encontradas emociones, como en estos momentos supremos. Mi pecho rebosa júbilo inmenso, junto con no sé qué nube de tristeza que hay en mi espíritu; rebosa satisfaccion inefable, mezclada con cierto embarazo é insuperable temor. Y sin embargo, la explicacion de este estado extraordinario y hasta cierto punto contradictorio de mi espíritu y mi corazon, es muy sencilla, y sin duda no se os oculta, hermanos mios. Dios me ha concedido, á mí, el mayor de los pecadores y el último de los sacerdotes, un favor que nunca me habría atrevido á pedirle, que ni siquiera había yo podido imaginarme: el de ocupar alguna vez esta cátedra sagrada y poder dirigir desde ella mis

pobres alabanzas, mis expresiones de amor, de gratitud y de profundísima veneración, á mi Madre y mi Reina, la Virgen María de Guadalupe.

¿Quién soy yo, ¡oh Dios bueno!, para que Vos, sin cuya voluntad no se mueve ni la hoja del árbol, dispusiérais que mi Ilustrísimo Prelado y el V. Cabildo de Guadalajara me dispensaran la altísima y en absoluto inmerecida honra de enviarme aquí, á este lugar, *elegido y santificado* por la Reina de los cielos, para que á nombre de aquella ilustre Corporación y de todos los fieles mis hermanos de nuestra vasta Arquidiócesis, rinda, ante todo, pleito-homenaje á la Soberana Emperatriz de México y Reina del Universo; le dé cuenta del infinito amor que allá le profesamos, y de ahí le exponga nuestras más graves necesidades, con la esperanza, la seguridad que tenemos de que Ella, la Virgen poderosa, misericordiosa y clemente como la llama la Iglesia; Ella la *Madre de la Santa Esperanza*, según la Sagrada Escritura, las remediará indefectiblemente, pues puede y quiere hacerlo; porque es la Madre de Dios, y somos y nos gloriamos de ser sus esclavos, al par que sus hijos?

Y bien! Una misión como la mía, en esta ocasión solemne, misión que tengo de desempeñar ante Aquella á quien de hinojos sirven y aclaman los ángeles del cielo; ante Aquella á quien, aunque en Imágen aquí en la tierra, yo me juzgaría por muy dichoso en contemplar toda mi vida, desde el vestíbulo de esta Basílica, porque esa su verdadera Imágen, obra de sus propias manos, milagrosamente estampada en ese lienzo bendito, solo aquí es dado verla; una comisión de esta naturaleza, ¿no es, señores, más que suficiente para abrumar, por una parte, mi débil inteligencia, hacerme temblar y entristecer por mi falta de luces, y por otra, para hacer también que mi corazón palpite reciamente henchido de regocijo y de satisfacción inmensa? . . . ¡Oh, sí, sin duda alguna!

Dicho se está, hermanos míos, el asunto que vá á ocuparme en estos felices instantes; indicado el objeto grandioso que de mi lejana Diócesis me ha traído á esta tierra bendita, llena de divinas armonías, alumbrada perennemente con los resplandores que, de ese Cuadro celestial, mira brotar á raudales mi ardiente fé de peregrino.

Precisaré aún más ese asunto, si os place, para mayor claridad. No puede ser más sencillo; hélo aquí: Dios salvador y misericordioso, es quien ha hecho germinar y arraigarse en la conciencia pública, la convicción de que en María de Guadalupe, y solo en Ella, está vinculada nuestra esperanza de remedio para nuestras más ingentes necesidades sociales; supuesto que creemos, y deben creer todos, porque así lo persuade la recta razón, en su Aparición maravillosa en estas colinas, para protegernos como á ninguna otra nación. *A DOMINO FACTUM EST ISTUD, ET EST MIRABILE IN OCULIS NOSTRIS.* "Por el Señor ha sido hecho esto, y es admirable á nuestro ojos."

*DIGNARE ME LAUDARE TE, VIRGO SACRATA.* Permite ya ¡oh Virgen Sacratísima!, que mi torpe lábio prorrumpe en tus alabanzas, y cante tus glorias y te refiera nuestras penas. Torpe, sí, es mi lábio; pero Tú misma puedes alcanzarme la gracia divina que lo toque y purifique, como la que purificó los labios de Isaias, al tocarlos un ángel con carbones encendidos. Sea así, por tu poderosísima intercesión. *AVE MARIA.*

*POR EL SEÑOR HA SIDO HECHO ESTO, Y ES COSA MARAVILLOSA EN NUESTROS OJOS.*

*Salmo citado.*

¡Cómo llama la atención de todo hombre pensador ese movimiento religioso y social, nunca tan acentuado como hoy, de todo México, en torno de su Reina, María de Guadalupe! Se está cumpliendo, una vez más, á la letra, este

óráculo de la Santa Escritura: "Levanta tus ojos al derredor y mira: todos estos se han congregado, vinieron á tí: tus hijos vendrán de léjos, y tus hijas de todas partes se levantarán." Ah! Es preciso que una grande idea, una idea salvadora, haya germinado, unísona y espontánea en todos los espíritus, y que un mismo sentimiento abraza con llama inextinguible todos los corazones. Y cuando esto sucede en toda una sociedad, en toda una nacion, esa idea y ese sentimiento, deben ser y son una especial y expresa inspiracion de Dios. Y entónces es lícito decir con toda verdad y con la fé de los antiguos cruzados: "adelante, adelante, Dios lo quiere." *Por el Señor ha sido hecho esto, y es admirable á nuestros ojos.*

Los hombres, por hábiles y elocuentes que sean, podrán arrastrar en pos de sí, ó de un objeto dado, en fuerza de su fascinadora palabra, y sobre todo, de sus halagadoras promesas, casi siempre mentidas, un grupo popular, más ó ménos numeroso, que, en todo caso, á poco se disuelve y abandona con el mayor desprecio á los mentirosos tribunos. Dios solamente es quien, apiadado de las desgracias de las naciones, sabe y suele en su misericordia infinita moverlas duraderamente, sin resistencia, sin sacudimientos desastrosos, con la facilidad que una madre mueve á su pequeñuelo, y encaminarlas hácia donde está su felicidad, su salvacion, su grandeza y su gloria.

Llámesese ese movimiento, si se quiere, instinto de conservacion, tan natural en el individuo como en la sociedad. Enhorabuena; pero como ese instinto Dios lo ha impreso en nuestro ser, Dios mismo es quien lo despierta y lo impulsa por una gracia extraordinaria, cuando ese instinto se adormece, se enerva y casi se extingue, como sucede en una nacion trabajada como la nuestra por malhadadas discordias, y por tremendas desdichas cansada y doliente. Entónces es cuando en lo más íntimo del alma, suelen oír los pueblos estas palabras de Jesucristo dichas en otro tiem-

po á un paralítico; "Levantate y anda." SURGE ET AMBULA.

En obediencia de esta omnipotente palabra, el pueblo católico mexicano, hoy dia se levanta y marcha, como el antiguo pueblo de Dios. ¿Hácia dónde? Hácia una tierra más hermosa que la tierra prometida, peregrina hácia un Santuario más rico que el templo de Salomon, porque en esa tierra y ese santuario mora la Virgen de Guadalupe, la Reina del cielo, que protege y ama á México como á ninguna otra nacion.

Así, pues, yo que no soy en el mundo católico, más que un átomo, he tenido que seguir ese poderoso movimiento religioso, he hecho la voluntad de Dios, lo mismo que todos mis hermanos católicos que llegan aquí, dia á dia, de todos los ámbitos de nuestra patria. *Por el Señor ha sido hecho esto y es admirable á nuestros ojos.*

Dios, no me canso de repetirlo; Dios es quien conduce á la nacion mexicana; Dios quien la advierte de un modo palpable, que aquí ó en ninguna parte, será curada del cáncer que devora sus entrañas, será libertada de las cadenas con que intenta arteramente y en son de pacífica conquista aherrojarla su mortal y poderoso enemigo, el coloso del Norte, pues de aquí es de donde mi fé me dice que ha de partir la piedrecilla que desmenuzará sus piés de barro.

Loado sea Dios, señores, eternamente por mi Patria; porque si es una verdad que en todo el orbe católico Dios mismo quiere que su Purísima Madre sea el conducto por donde dispensa sus infinitas misericordias; si es verdad también, que á algunas naciones les ha concedido el especial patrocinio de la misma Virgen Purísima, bajo las advocaciones de la Virgen de Covadonga, del Pilar ó del Rosario, que tantas veces las llevó á la victoria contra los enemigos de su religion y de su suelo y les conquistó tantas glorias nacionales; también lo es que á México, de preferencia á toda otra nacion, le ha dado por Patrona á la pro-

pia Virgen María, sí; pero de un modo especialísimo, sin ejemplo, á la Virgen que desciende personalmente del cielo, que habla familiarmente con el más humilde de los mexicanos, y le dice dulcísimas palabras y le hace magníficas promesas de vida, de proteccion y de salud y que por fin le deja su propia Imágen, estampada con colores celestiales, en ese cuadro divino, que de hoy más, será la más limpia é incomparable presea, la enseña sacrosanta de pueblo mexicano.

De aquí el que al examinar con la escrupulosa severidad que acostumbra la Santa Sede Apostólica, éste sin igual acontecimiento de la Aparicion de María de Guadalupe, autorizára á nuestra Iglesia para que cante solemnemente y sintetice toda la grandeza del hecho guadalupano, en estas brevísimas palabras: "A ninguna otra nacion ha sido hecha tal maravilla." NON FECIT TALITER OMNI NATIONI.

¡Qué palabras, señores! Ellas vienen á abrir como con llave de oro y en el momento más oportuno, la parte más importante de mi discurso. En efecto: ved ahí, en esas mismas divinas palabras, satisfecha la pregunta que al llegar á donde yo he llegado, suele hacer la suspicaz razón humana: ¿dónde están los títulos fehacientes de ese acontecimiento del Tepeyac? Pues el primer título de nuestra creencia y, por lo tanto, de nuestra esperanza sin límites en María de Guadalupe, lo teneis ahí, en ese lema grabado por el dedo de Dios en el glorioso Paladion de la Iglesia mexicana: NON FECIT TALITER OMNI NATIONI.

Esas palabras de la Escritura Santa, fueron, en resumen, las que halló más a propósito la Iglesia Universal, "columna y firmamento de la verdad," para fallar definitivamente en la gran causa llevada á su tremendo tribunal, acerca de la aparicion de la Virgen María en la Nueva España. La Iglesia de Dios habló por conducto del inmortal Benedicto XIV, y es negocio concluido. CAUSA FINITA EST. Desde entónces, todo católico mexicano tiene

el derecho y el noble orgullo de levantar muy alto la voz para decir al mundo entero, mostrándole esa santa Imágen: ¡De rodillas ante María de Guadalupe de México! NON FECIT TALITER OMNI NATIONI.

A los que por muy lamentable desgracia, han desertado de nuestra bandera y quieren empañar la mayor de nuestras glorias nacionales, yo me permito decirles, más que con justa indignacion, con caridad y compasion cristianas:

Sea! no creais en la divinidad de la Iglesia católica; pero creed al ménos en la integridad y honradez de un romano Pontífice de la talla del Sr. Benedicto XIV: no le hareis la injusticia, la ruin injuria, si obrais con lealtad, de decir que ha reconocido como cierto un hecho, sin serlo, sin constarle, sin examinarlo maduramente, cual cumple á un juez recto, sin pruebas plenísimas, tan claras como la luz meridiana. Y bien, si esto haceis, y no podeis menos que hacerlo como caballeros, confesais, querais ó no, la verdad del hecho de la Aparicion de María de Guadalupe. Si apesar de esto, por una inconsecuencia inconcebible, no lo veis como un hecho milagroso, ni os postrais ante María; tanto peor para vosotros. Compadecemos vuestra ceguedad y vuestro orgullo, y pedimos á Dios y á la Virgen María de México, que os alumbren y os sanen.

No lo sé. Quizás no sea fuera de propósito el suplicar á mis hermanos extraviados, me dejen recitarles una página de lo que refirió á mis hermanos católicos de Guadalajara, desde el púlpito, cuando volví, hace algunos años, de esta capital, despues de visitar por primera vez este Santuario, "Tengo, señores, les decía, otra prueba de la Aparicion guadalupana: bien que es una prueba no de raciocinio sino de sentimiento; no de mi cabeza, sino de mi corazon.

¡Porqué no he de contar lo que sentí al ver la sacrosanta Imágen, cuya luz no solo yo sino todos los que la ven con espíritu cristiano sienten lo mismo? . . . . .

Yo no sabré expresar con toda exactitud lo que experimenté luego que estuve bajo las bóvedas de la Insigne Colegiata.

¿Era mi sentimiento dominante la admiración que causa aquel templo magestuoso, brillante de plata y oro, aquel santuario donde la arquitectura, la escultura, la pintura y otras artes han consagrado á Dios y á María, los más exquisitos primores del ingenio humano? No; otra cosa subyugaba mi espíritu: otra cosa indefinible, inexplicable. Yo sentía un delicioso arrobamiento que no he sentido jamás en otra parte. Hay algo allí, extraordinario, divino, que ensancha el espíritu, que lo embriaga de emociones inefables, que convierte las horas en minutos y las penas del alma en un bienestar dulcísimo. ¡Oh! y cuando se tiene la dicha incomparable de llegar con cierto pavor ó yo no sé qué, á postrarse ante las gradas del trono de María de Guadalupe, la dicha de contemplarla de cerca, muy de cerca hasta casi poder posar los labios, en sus plantas y regarlos de lágrimas de amor, de ver sin cansarse aquel semblante apacible y aquellos labios que sonríen para el que los mira, se difunde por todo el sér humano una impresión desconocida que lo transforma, que lo levanta de la tierra, para que goce las purísimas alegrías de los cielos. El corazón oye, si puedo decir así, la voz de María; el corazón siente que una fuerza sobrehumana lo hace latir de extraordinario júbilo; y el hombre adquiere una nueva prueba de que la Virgen de Guadalupe, es prodigiosamente aparecida, y exclama una y mil veces: "Por el Señor ha sido hecha esta maravilla." "Ahora, Señor, que tu siervo descanse en paz."

Sí, señores. Cuando se ve á la Virgen de Guadalupe, se siente, se palpa que es una obra del cielo, porque yo no sé qué luz, qué aureola divina la rodea, no sé que cosa hay en aquel cuadro, que atrae, que encanta, que hace doblar la rodilla y orar."

Eso dije entónces, y ahora agregó: Ved, sí, ved, hermanos míos muy queridos, aunque extraviados, esa prodigiosa Imágen, con buen espíritu, desnudo de preocupaciones, con solo deseos de abrazar la verdad; y así como en nosotros los creyentes, afirma más y más nuestra fé, así Ella misma, la Santa Imágen, por virtud divina, disipará en vosotros las dudas que os asaltan, os infundirá la fé que os falta; la fé, el mayor consuelo, la única dicha del hombre sobre la tierra. Ved ese nuestro glorioso estandarte que flamea sobre nuestro suelo hace más de tres siglos, y el cual, aunque de tosca tela y naturalmente propia para reducirse á polvo en brevísimo tiempo, allí está ileso y eternamente nuevo y radiante, porque no ha salido de ningún taller humano, sino de las manos de Dios: A SUMMO COELO EGRESSIO EJUS.

Oid, además, cómo los grandes maestros de la pintura declaran que no es posible á ningún pincel de hombre, dar esos toques, ni combinar, ni imprimir esos maravillosos colores; y por fin, escuchad otro testimonio que debe ser el más respetable y querido para vosotros: la voz de vuestros padres, la primera que os habló en vuestra niñez de este prodigio, y que todavía ahora parece que sale de la tumba, para confundiros é increparos; la voz de las pasadas generaciones, la tradición, en suma, nunca interrumpida de casi cuatro centurias, que viene legando de padres á hijos ese riquísimo tesoro, y enseñando y creyendo la verdad de la Aparición guadalapana, y haciendo resonar en este mismo Santuario y por todo México, perennes himnos de reconocimiento y amor á la Virgen del Tepeyac. Si á pesar de todo, creéis que vuestro dicho aislado, pues aislados estais ante la inmensa mayoría de los mexicanos, vale más que el testimonio de vuestros mayores, que el testimonio de éste y de los pasados siglos, entónces nada más tengo que deciros, sino que Dios se apiade de vosotros.

Vuelvo ahora á departir exclusivamente con mis hermanos católicos, que veo más amantes que nunca de María de Guadalupe, porque me han oído recordar algunos, pues no me es posible enumerarlos todos, algunos de los intachables títulos en que nos fundamos para creer en la Aparición de la Virgen celestial. Y bien, decidme: quien cree en Ella de todas veras, ¿no espera por consiguiente en Ella, la Madre de los mexicanos, y espera con plenísima confianza, que le otorgará lo que racionalmente le pidiere? Sin duda alguna. Fuera de que esto es rigurosamente lógico y una verdad católica, viene á confirmarlo la misma palabra de María. Recordémosla: “Y es mi deseo, dijo al venturoso Juan Diego, que se me levante un templo en este sitio, donde mostraré como Madre piadosa tuya y de todos los mexicanos, mi clemencia amorosa, y la compasión que tengo de los que me aman y me buscan y de todos los que solicitaren mi amparo, y me llamen en sus trabajos y aficciones, y donde oiré sus ruegos y sus lágrimas, para darles consuelo y alivio.”

*¿Donde oiré sus ruegos y sus lágrimas para darles consuelo y alivio!* Ah, señores! No hay mexicano que no conozca esas palabras, que mil y mil veces se han repetido en este templo y en todo México del uno al otro confín; y sin embargo, nunca se repetirán ni ponderarán bastantemente: ayer, hoy y siempre, fueron, son y serán gratas al oído, como un eco de los conciertos celestiales, y caerán siempre sobre el corazón, en sus horas de amargura, de desesperación y de lucha, como un bálsamo divino, que cura indefectiblemente toda humana dolencia y calma toda desecha borrasca.

Pero aun hay más, hermanos míos. La Iglesia, alumbrada por el Espíritu Santo, pone en boca de María de Guadalupe las siguientes bellísimas frases de la Santa Escritura, en las que, —cosa verdaderamente asombrosa,— se vé como profetizada desde hace muchos siglos, y des-

crita rasgo por rasgo, la Virgen de México. Escuchad, os ruego, atentamente. “El Criador de todas las cosas me dijo: Habita en Jacob, y ten tu herencia en Israel, y en mis escogidos echa raíces. Y yo habité en las alturas, y mi trono sobre una columna de nube, y me arraigué en un pueblo á quien he llenado de honores, y en la porción de Dios que es su heredad. Fui enaltecida como el cedro sobre el Líbano y como el ciprés en el monte de Sion. Me he elevado como oliva vistosa en los campos y como plátano en las plazas junto al agua. Yo como vid, produje frutos de suave olor, y mis flores son frutos de honor y de riqueza. Yo soy la Madre del Amor hermoso, y del temor, y de la ciencia y de la santa esperanza. En mí toda la gracia del camino y de la verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud. Pasad á mí todos los que me deseais y llenaos de mis frutos. Porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más que la miel del panal. Se hará memoria de mí en las generaciones de los siglos. El que me escucha no será confundido, y los que obran por mí no pecarán.”

Después de oír estos dulcísimos acentos, que no necesitan para nada de humanos comentarios, ¿qué nos resta sino exponer nuestras más apremiantes necesidades ante el trono de María de Guadalupe, y pedirle y obligarla— ¿por qué no he de decir así, si es mi Madre,— con sus mismas palabras, á que nos dé el consuelo y el alivio, que nos tiene prometidos?

Mas ya comprendereis, señores, que desde esta cátedra, yo no podría manifestar, aunque quisiera, nuestras incontables necesidades privadas: ni tengo tiempo para ello, ni ejerzo aquí sino un ministerio público. Todos vosotros, y lo mismo yo, traemos en lo más recóndito del alma una triste historia que contar entre suspiros y lágrimas á nuestra Madre; pero ella la oirá en lo particular, teniéndonos sobre su regazo y enjugando el llanto de cada uno de sus hijos.